

VII

La clase de adultos debía comenzar á las ocho. Un cuarto de hora antes, la maestra Varetti, mirando por los cristales, vió ya entre la niebla del camino negros grupos de obreros que con las pipas y los cigarros encendidos llenaban la obscuridad de multitud de puntos de fuego. Habíase vestido aquella tarde con un vestido de lana color café, algo ancho, y que le parecía el más adecuado para no atraer sobre su figura las miradas. Diez minutos antes de las ocho, vino á buscarla el maestro Gavallo para presentarla á los escolares.

Al pasar por el corredor, encontraron al portero, un viejecillo seco y narigudo con cara petulante. Gavallo le mandó que vigilara la clase de la Varetti.

—¿Dentro?—preguntó aquél algo confuso.

El maestro le contestó que desde fuera, y el hombre respiró:

—Dentro ó fuera—dijo,—para mí es lo mismo.

Entró la maestra con Gavallo en la escuela, que era la misma donde la Baroffi daba clase de día á los niños. Todavía no habían llegado más que seis ó siete alumnos, que se hallaban sentados en los bancos de atrás; los demás iban entrando. El maestro y la maestra subieron á la plataforma donde estaba la mesa, permaneciendo en pie delante de la pizarra, debajo del mechero de gas, presenciando la entrada.

Entraban uno á uno, de tres en tres ó de cinco en cinco en fila, con libros y cuadernos en la mano, los hombres golpeando con los pies fuertemente el suelo por el frio, y los muchachos haciendo gran ruido con los zuecos, y todos, al entrar, dirigían la primera mirada llena de curiosidad á la nueva maestra, algunos hasta se paraban un momento; poco á poco fueron sentándose en fila en los bancos, expresando en voz baja á los más próximos y sonriéndose, sus impresiones. Había alumnos de todas edades; desde los doce á los cincuenta años: obreros de la fábrica de herramientas y de la de ácido

sulfúrico; trabajadores de una tenería, albañiles, labradores, pastores, de los que en el invierno descienden de los Alpes á invernar en Turín con sus ganados, para vender leche ó quesos, ó apilar la nieve: cabelleras tiesas ó enmarañadas, barbas en el más completo abandono, caras negras, corbatas encarnadas, camisas sucias, toscas chaquetas á punto de reventar por la excesiva ropa interior ó los gruesos chalecos de punto que asomaban por las mangas.

Los hombres maduros, avergonzados de tener que asistir á la escuela, se iban colocando casi todos en los últimos bancos con la espalda en la pared, en la cual se veían enormes salpicones de tinta casi hasta el techo.

Una vez todos en su sitio y tranquilos, el maestro Gavallo, con su tremenda voz de toro, hizo la presentación en forma muy cortés, diciendo:

—Os presento á vuestra nueva maestra. Recomiendo á todos la obediencia y el respeto.

Dicho esto salió precipitado sin añadir nada más, y la maestra permaneció un momento inmóvil, en pie, frente á frente á sus alumnos, que la miraban en silencio.

Un observador extraño habría adivinado que todos á una hacían mentalmente un parangón de la nueva maestra con la precedente, la señora Gavallo, una mujer ya de treinta años, pequeña y gruesa, que parecía la hermana de su marido; y habría notado también que el parangón era ventajoso á la primera.

En casi todos los ojos brillaba una sonrisa, fiel expresión de los pensamientos que cada cual guardaba para sí.

La maestra permaneció algo confusa, con la vista turbada, sin saber cómo principiar. Luego se sentó á su mesa.

En aquel momento penetró en la clase *Saltaventanas*.

Un prolongado murmullo corrió por toda la escuela, y las miradas de todos se dirigieron hacia él y la maestra; quien cerciorándose por este hecho de que venía á la escuela por ella, palideció ligeramente.

El joven, desenvuelto y tranquilo, pasó por delante de la mesa, echando de soslayo una mirada á la maestra y se encaminó delante del primer banco de la derecha donde había un sitio vacío contra la pared, y apoyando su mano sobre aquél con un agilísimo movimiento saltó dentro y se sentó.

Lo primero que la maestra debió hacer fué examinar ligeramente al recién venido para asegurarse de si podía estar en la sección de los más avanzados entre los cuales se había colocado *motu proprio*; pero la expectación que este examen producía y que ella vió en los ojos de los escolares, le quitó el valor de hacerlo. Comenzó en seguida su lección.

La Gavallo habíale indicado su método y el punto al cual habían llegado. Siguiendo sus huellas, se puso á escribir en la pizarra con mano insegura una serie de sílabas simples, para hacerlas leer primero y luego escribir á la sección de la izquierda; mientras éstos escribían, hacía leer á los demás en el libro de lectura.

La lección parecía que comenzaba bien: en un rato no se oyó murmullo alguno: los que no atendían á la lectura parecían absortos en la contemplación de su persona.

Timidamente, mientras leían los primeros, uno á uno, furtivamente fué examinando á los escolares. Los mayores estaban casi todos á su izquierda, con los que estaban más atrasados. Le llamó la atención antes que nadie, en el banco más próximo, una especie de hércules reducido y giboso con ca-

beza desmesurada y deforme, frente chata y boca de buey; una cara estúpida en la que aparecía obstinada manifestación de brutalidad; más que no obstante la expresión torva de sus ojos, dejaba entrever un no sé qué de rectitud moral, que interesaba. Prestaba una atención profunda á sus palabras y á la lectura de los demás. La maestra observó que tenía por pluma una llave con la plumilla de acero metida en el agujero. Cuando le tocó el turno de la lectura, preguntóle su nombre: él respondió de un modo casi ininteligible:

—Carlos Maggia.

Era un muchacho cortador, de treinta y cinco años, que representaba diez más.

A las primeras sílabas que leyó, con tono de voz que más bien parecía gruñido de mastín, se echaron á reír algunos muchachos de la otra sección; pero una mirada lenta que paseó por todos ellos fué bastante para que callaran.

Otro alumno llamó grandemente también la atención de la maestra; estaba en la sección de la derecha y debía ser el más viejo de todos; tendría unos cincuenta años, alto, con barba espesa y entrecana, semblante benévolo y cansado, de honrado trabajador, que

la tranquilizó. Era un tal Perotti, operario de la tenería, que tenía en la misma escuela, dos bancos más abajo, un hijo suyo de once años, aprendiz en su fábrica, serio y simpático como él.

Continuando recorriendo los bancos con la mirada, tropezó con la cabeza rubia de otro obrero, más limpio que los demás, que fijó su atención: un hombre como de treinta años, con el pelo largo y bien peinado, con cara señoril, gran nariz aguileña y ciertos ojillos azules que revelaban inteligencia al par que expresión de orgullo, reavivada al encontrarse con la mirada de la maestra.

En aquella parte los más eran muchachos: con sus carillas vivas, inquietos, sucios, impertinentes, en quienes á las primeras de cambio se comprendía que venían á la escuela más bien para estar calientes y hacer ruido, que para aprender.

Entre todos, despertó su inquietud un chico como de catorce años, al extremo del segundo banco, un albañilito, parecía, el cual sonreía abiertamente con aire de familiaridad nada respetuosa cuando ella lo miró. De las muchas figuras de pilluelos que había visto salir de las fábricas, aquella era sin duda la más redomada; en sus ojos brillaban

todos los vicios, la nariz remangada, era la personificación de la insolencia; una boca en la que se adivinaban las obscenidades sin que hablase, el color cetrino, el cuerpo largo y descarnado; algo encorvado y la sonrisa única del muchacho que ha recorrido ya gran trecho de todos los caminos que conducen al hospital y á la prisión.

Desde éste bajó su mirada al primer banco; mas, apenas vió á Muroñi, cambió hacia el lado opuesto, poniendo su atención en los alumnos que leían todos juntos las sílabas de la pizarra, silabeando y cantando como niños que echasen su voz por un embudo.

Habíase ya extendido por la escuela fuerte olor que comenzaba á ofender sus narices; las pipas, los cigarros recién apagados, un tufo mixto de vino, de grasa de las máquinas, de pieles curtidas, de cuadra, de zapatos podridos... En el coro que formaban los que silabeaban, oía que algunos muchachos forzaban la voz por juego, pero hizo como que no lo notaba.

Concluída la lectura, mandó que escribieran las sílabas en los cuadernos, y se volvió á la otra sección. Pero antes de empezar, bajaron de los bancos del fondo tres alumnos de los mayores con el cuaderno en la mano,

entre los cuales estaba Perotti, para que la maestra les exclareciera algunas dudas sobre la composición que les habían encargado, como hacían con la maestra Galvallo.

Un pintor habría podido hacer un cuadro hermosísimo con el grupo que se formó por un momento con la graciosa cabeza de aquella maestrilla tímida y algo vergonzosa, inclinada sobre los cuadernos, en medio de las cabezas toscas y despeinadas de tres obreros inclinados también para observar las correcciones. La Galvallo habíales dado, como tema, una carta de despedida de un obrero á su jefe.

Cuando los tres alumnos estuvieron de nuevo en su paesto, llamó á uno de ellos, el primero con quien tropezó en la lista, para que leyese su trabajo de composición en voz alta.

Al oír el nombre de Luis Lamagna, se levantó el obrero rubio de cabellos largos.

Todos guardaron silencio, aun los de la otra sección, y se volvieron á mirarlo como si esperasen de su lectura alguna cosa singular.

Empezó la lectura con cierta facilidad y un aire afectado de descuido, aparentando que tenía su atención puesta en otra parte,

Había en su carta frases que no tenían que ver con el asunto, y metidas allí casi por fuerza, y en las que bien se echaba de ver el orgullo que la maestra había ya leído en sus ojos. Le hizo notar ésta algunas faltas gramaticales, á las cuales opuso él algunas objeciones, no con descortesía, pero sí con un tono que dejaba comprender que quería que se le tuviera en un concepto especial, y no ser confundido en el montón de todos los demás. La carta estaba firmada: *Luis Lamagna, su igual, no siervo*. Fueron estas palabras como un relámpago para la maestra.

Lamagna debía ser seguramente aquel famoso obrero socialista de la fábrica de herramientas, del cual había oído hablar muchas veces, como de un muchacho de ingenio atrevido y extravagante, tenido en gran estima por sus compañeros á quienes predicaba *el nuevo verbo* en los círculos, terminando siempre sus discursos recomendando *el orgullo de clase*, como el principal y necesario fundamento de la emancipación futura.

La maestra hizole todavía una advertencia más sobre una palabra del final, y él se sentó, murmurando sus objeciones al que tenía á su lado con ademán altanero.

Hasta aquí, salvo algún ligero contratiempo, la clase marchaba bien y la maestra recobraba valor. Hizo abrir el libro de lectura, *El Artesano italiano*, que tenían todos los alumnos de la derecha, y leyó ella la primera un período. Al leer pensaba que á toda costa debía hacer leer después de ella á Muroni, ya por romper el hielo, ya por no despertar en la clase la sospecha de que tenía miedo. Por otra parte, empezando por la derecha, era él el primero en el banco más próximo. Hizo sin titubear un esfuerzo, apenas terminó su lectura, y volviéndose hacia él, le dijo:

—Repita usted.

Todos callaron.

El joven se levantó, con el libro en la mano, sonriendo y con el aire vanidoso de quien sabe que es objeto de curiosidad y de espectación.

Era la vez primera que ella fijaba sus ojos en él, y sintió mayor repugnancia que nunca. Aquella cabeza menuda, con los cabellos afeminadamente partidos por la mitad; aquella cara de muchacho precoz, de palidez livida, con dos ojillos penetrantes, de ruda y resuelta expresión, en los que se adivinaba la ira vengativa y sin piedad; con

aquella boca apretada y sin labios, que más bien parecía una cuchillada, guarnecida únicamente por dos bigotillos retorcidos en punta, tenían algo de feroz y de repulsivo juntamente, y causaba peor impresión aún que la cara de un rudo malhechor embrutecido.

Todo su cuerpo, bien proporcionado y enjuto, hacía suponer que poseía músculos de acero y una desenvoltura de saltimbanqui.

En el pelo, lleno de pomada, en la corbata anudada de modo que dejase al descubierto el arranque del cuello, en los pantalones estrechos y acampanados, en los anchos puños de color que casi le cubrían la mitad de las manos, dejábase bien reconocer el tipo del *chulo* ambicioso, mezcla del facineroso y del elegante, devorado por múltiples apetitos y sin más freno que el de la pobreza, pronto á todas horas para cualquier intentona y para las bribonadas más audaces. La apostura de su cuerpo torcido, con un hombro más alto que otro, el fulgor intermitente de los ojos, la entonación de su ronca voz cascada, manifestaban un orgullo desmedido y salvaje, que, no hallando otro camino, se desahogaba en cinico des-

precio de todos y de todo; de esos desprecios plebeyos que van de abajo arriba creciendo gradualmente desde el fango donde nacen hasta las alturas de todas las grandezas humanas. Leyendo con trabajo, fingía tropezar por capricho no por ignorancia, y sin levantar la cabeza del libro lanzaba de vez en cuando una mirada á la maestra, que no le veía más que lo blanco de los ojos, lo cual le helaba la sangre en las venas.

Per más que se esforzase cuando tenía que corregirle, no se atrevía á mirarlo á la cara; se ponía á mirar su mano derecha con la cual sostenía el libro, y pensaba con horror que era la misma que había hundido el puñal en el costado de un amigo. Cuando terminada la lectura, volvió á sentarse, pareciale verse libre de una angustiosa opresión al corazón.

Tocóle el turno á aquel muchacho del segundo banco, que tan mala impresión le había hecho; y por la manera de levantarse, así como por el movimiento de curiosidad de sus compañeros, comprendió que estaba acostumbrado á provocar la hilaridad y el escándalo en la clase; y habiendo leído en la lista Pedro Maggia, con la esperanza de congraciárselo de este modo, le preguntó si era pariente del otro Maggia aquella especie

de enorme bruto que estaba en la otra sección.

—Es mi tío, — contestó el muchacho, haciendo una mueca ridícula que hizo reir á los más próximos.

El tío, que seguía escribiendo con su llave, ni siquiera levantó la vista. Comenzó á leer aquél con falsa voz, que era una de sus gracias artísticas, con lo cual imitaba á un pobre cojo del pueblo que pedía limosna. Todos los mozalbetes se echaron á reir. Pero tres ó cuatro de entre los hombres dieron muestras de desaprobación; entre los cuales Perotti, que desde su banco colocado en el fondo le dijo con aspereza.

—¡Ea, acaba!

—¿Por qué me falta al respeto? — le preguntó la maestra fortalecida, con aquel auxilio.

Sentóse el muchacho, haciendo ademán de retorcerse el bigote. La maestra pasó al siguiente. Cuando tocó su vez á Lamagna, habiéndole dicho:

—Pronuncie mejor la doble r, — contestó con arrogancia:

—Creo que la pronuncio bien.

Los demás no estuvieron mal.

Entonces les dió el periodo que habían de

escribir y volvió otra vez á la sección primera.

Entre tanto, no dejaba de mirar furtivamente á Muroi para ver si por su aire adivinaba sus intenciones. Estaba escribiendo, pero la miraba con mucha frecuencia; y sus miradas, no revelándole sin embargo claramente sus pensamientos, le confirmaban desgraciadamente en la certidumbre de que había venido con un determinado propósito; ó arrastrado por brutal simpatía, ó por llevar á cabo alguna bravata, quizá para cumplir alguna apuesta que había hecho á sus compañeros, ó con el sólo intento de amedrentarla y de hacerle pasar malos ratos por pura maldad: ó, quien sabe por qué. Siempre que la miraba, se deslizaba por aquella boca sin labios una sonrisa, como el centelleo de una espada, una sonrisa atravesada, falsa, fugitiva, como de quien encubre propósitos malignos. Cada una de estas sonrisas era para ella motivo de turbación, de tal modo, que necesitaba hacer un grande esfuerzo para no perder el hilo de la lección; y él lo advertía y sus ojos despedían rayos de complacencia triunfante, lo cual la perturbaba aún más.

Tuvo él sin embargo durante toda la clase

un comportamiento correcto; sin volverse jamás á hablar con los que estaban cerca, como si estuviera enteramente absorto en su idea.

Pasaron aquellas dos larguísimas horas, como Dios quiso. Como venían dos días de descanso, sábado y domingo, la maestra encargó á la sección más adelantada una carta á una supuesta hermana que está fuera. Luego recomendó tímidamente á todos que salieran en silencio. A sus últimas palabras el pequeño Maggia dió un silbido muy bajo, que pasó inadvertido por el ruido que todos hacían para arreglarse y salir. La maestra pudo también aparentar que no lo había oído, gracias á la campanilla que sonó en el mismo momento.

Salieron todos con gran desorden. Al pasar por delante, Muroi le lanzó una mirada, que ella evitó. Muchos hombres la saludaron. Pero el mayor estrépito estalló fuera.

Salían á la vez también los alumnos de Gavallo. Más bien parecía la salida de un teatro popular en un martes de carnaval: chillidos, silbidos, gritos, un taconeo espantoso, un llamarse unos á otros á voz en cuello, una confusión de preguntas y respuestas en medio de las cuales la maestra oyó varias veces su nombre, y adivinó los comentarios

que hacían sobre ella, acompañados de ruidosas carcajadas, de cánticos, de gritos imitando animales, de exclamaciones burlescas y de sonoros escupitajos; y por todas partes ardían las pajuelas y el papel para encender las pipas, ofreciendo por un momento el espectáculo de una verdadera iluminación en medio de la niebla.

Poco á poco fue alejándose el tumulto, y ya no se oyeron más que gritos y cantos en el pueblo, que al fin se apagaron en un silencio profundo.



VIII

En suma, la Varetti salió de la escuela bastante tranquila; su clase era menos mala de como se la había imaginado; había entre los escolares semblantes de gente honrada, que le parecían dispuestos á tener á raya á los revoltosos; y sobre todo le daba ánimos la imagen de aquel Perotti, sobre cuya cara bonachona casi había advertido una promesa de protección paternal. Pidióle noticias sobre él á Galvallo, á quien encontró en la escalera, y le dió excelentes informes.

Era buen obrero y óptimo padre de familia, que trabajaba de carpintero antes de entrar en la tenería, y había hecho dos ó tres muebles bastante bonitos para el museo pedagógico que el maestro se proponía ir organizando. Tenían tanto deseo de instruirse él y su hijo, que apenas salían de la tenería se iban á la escuela sin comer, se estaban diez horas en ayunas; y el chiquitín, que